¡Á BUEN TIEMPO!

I.

Año y medio haría que estaba el pobre Javier Villalva en la Casa de los Orates, cuando tuve yo que pasar por Valladolid, y fuí á verle.

—Está completamente curado—me dijo el médico;—y en cuanto le observe un par de meses más, le voy á dar de alta.

Entré con esta buena impresión en la celda de Javier, el cual me reconoció en seguida, me abrazó, me hizo sentar y se sentó á mi lado.

Después de preguntarme qué había sido de mí en los últimos años, y de escuchar atentamente la breve relación que le hice de mi vida, se quedó callado, con la vista fija en el suelo, como si estuviera contando las baldosas.

Al cabo de un rato, volvió á levantar la cabeza, me miró con una mirada muy triste y me dijo:

—Todavía no he contado á nadie la historia de mi desgracia, á nadie, á nadie...

tú vas á ser el primero que la sepas... ¿Te acuerdas de Luisa?

—Me acuerdo de oirte hablar de ella—le contesté;—de una Luisa que era algo novia tuya...

—No llegó á serlo—me replicó Javier;—pero lo debió haber sido... Verás, verás...

Y después de otro poco de pausa, soltándome la mano que me había cogido y apretado mucho entre las suyas al pronunciar las últimas palabras, continuó diciendo:

—Luisa y yo nos conocimos de muy niños, porque su padre, D. Gabriel de Mendoza, estaba de juez de primera instancia en mi pueblo cuando nos criábamos. Juntos íbamos á la escuela, juntos pasábamos los días de satis y juntos solíamos irnos á moras al soto en cuanto empezaban á negrear. Nos queríamos como hermanos.

Unos años después, cuando ya me habían llevado á mí al estudio de latín, se murió el juez D. Gabriel, y recogió á Luisa, que de recién nacida había perdido á su madre, un hermano de ésta, el general Sierra, llevándosela á vivir á la corte.

Así es que luego, cuando yo fuí á Madrid á estudiar leyes, volví á encontrar allí á Luisa, hecha ya una mujer, aunque sin haber cambiado en nada su contextura, sencilla, dulce y amistosa, lo mismo que antes.

Cabalmente mi padre era antiguo amigo

del general Sierra, y á él me había recomendado; de modo que tuve ocasión de seguir viéndola con frecuencia y tratándola mucho.

En la primera visita que por encargo de mi padre hice al general, me dijo éste al despedirme y después del obligado ofrecimiento de la casa:

—Aquí vienen por la noche algunos amigos á pasar el rato: si alguna noche no tiene usted otro sitio mejor donde ir y quiere venirse por aquí... se aburrirá usted un poco, porque todos los que vienen son personas de edad; pero nos hará usted un favor que le agradeceremos mucho. Su papá, mi verdadero amigo, al anunciarme el día pasado la venida de usted, me manifiesta deseo de que le vea á usted con frecuencia. Ya iré á verle á usted; pero, de todos modos, siempre que usted quiera venir por aquí nos ha de dar en ello mucho gusto...

Le contesté con las frases de cumplido que requería el caso, acentuadas con muy clara expresión de sinceridad, pues me había encantado desde el principio su carácter franco y noble, y me marché decidido á aprovechar su ofrecimiento yendo á la tertulia de vez en cuando.

A los pocos días comencé á poner en práctica mi propósito; y como no tuve que rectificar nada de la buena impresión prime-

ra, pues la generala también me pareció muy agradable, y Luisa me trató con la misma sencillez que si el día anterior hubiéramos ido todavía á la escuela juntos, volví á la noche subsiguiente, y bien pronto establecí la costumbre de ir todas las noches.

En la del primer sábado el general me convidó á comer con ellos el domingo; convite que se fué repitiendo todas las semanas, hasta quedar también establecido como costumbre.

Era el general muy aficionado á jugar al tresillo, y jugábamos con él Luisa y yo cuando no iba gente.

Pero esto pocas veces sucedía; porque, aun prescindiendo de los domingos, que eran los días de mayor concurrencia, solían ir de ordinario el coronel Domínguez (ó *Morrala*, como le llamábamos nosotros), antiguo asistente del general; la mujer de este coronel, que era muy fea y muy habladora; un magistrado del Supremo, pariente de la generala, y un ingeniero de caminos que vivía en la misma casa, en el piso segundo.

Cuando acudían siquiera estos contertulios, jugaban con el general el ingeniero, el magistrado y el coronel, que era una fiera en el ganar, según el ingeniero solía decir; la generala hablaba con la coronela,

ó por lo menos la oía hablar, que era lo único que al lado de la coronela se podía hacer, porque lo hablaba ella todo sin dejar á nadie meter baza, y Luisa y yo hacíamos conversación aparte.

Contábamonos primeramente lo que nos había pasado aquel día, verbigracia: si á mí me había preguntado el viejo Novar la lección de Derecho Romano; si al salir de la cátedra de Economía, por la tarde, había podido arrastrar á las Cuarenta Horas á mi condiscípulo y paisano Perico Borrego, un pobre muchacho sin pulimentar que creía que no era de buen tono entrar en las iglesias; si ella había estado de visita con su tía en casa de las de Alcázar, que eran muy presumidas y muy fastidiosas...

Después que se nos acababa lo del día, recordábamos escenas de la infancia, riéndonos mucho, por ejemplo, de lo asustado que yo me quedé cuando la tía *Reguila* me sorprendió en su huerto cogiendo rosas, porque Luisa, que se había quedado de centinela, se había distraído mirando cómo bebían agua y se escogollaban á la orilla del arroyo las palomas del boticario.

Como tú comprenderás fácilmente, una amistad así tan íntima entre hombre y mujer á los diez y ocho años, tenía que transformarse en amor: no podía menos... Y así fué: me enamoré de Luisa.

Lo que de seguro no comprendes tan fácilmente, porque esto ya no es tan fácil de comprender, es que no llegara á decírselo. Y también esto fué así: nunca se lo dije.

¿Me preguntas que por qué no se lo decía?... Te diré... Al principio. porque me parecía pronto... Después, porque me parecía innecesario... Y así fuí pasando días y semanas y meses y un año y otro año y los seis de mi carrera, siempre pensando en Luisa y siempre resuelto á casarme con ella en cuanto me hiciera abogado.

¿Querría ella casarse conmigo?.. Ni siquiera se me ocurría dudarlo. En su trato llano y cariñoso, en la manera de mirarme cuando me marchaba, hasta en el metal de su voz, que parecía distinto cuando hablaba conmigo de cuando hablaba con los demás, creía yo conocer perfectamente que, aun sin expresa declaración mía, estaba enterada de mi amor y me correspondía con el suyo. Era ella demasiado buena para fingirlo si no lo sintiera... Medios la sobraban para darme á entender que me equivocaba y sacarme de mi equivocación, si me equivocaba realmente... Cuando ella dejaba correr de aquel modo las cosas, era porque sentía lo mismo que yo y tenía mi mismo pensamiento.

Y siendo esto así, ¿qué falta hacía decírselo?...

Había yo leído hacía poco el libro de Severo Catalina, *La Mujer*, que estaba muy de moda entonces, donde hay aquello de que «la mejor declaración de amor es la que no se hace»; y seducido por la gracia y la novedad del teorema, quise ponerle en práctica. ¡Me parecía tan hermoso amar á Luisa y estar seguro de que Luisa me amaba también, sin haber hablado de ello nunca!... ¿Qué necesidad había de decírselo, al menos por entonces?...

Después, sí: cuando fuera abogado la manifestaría verbalmente lo que ella ya sabía de sobra, y ella, con su encantadora sencillez, me lo dejaría conocer así, me haría entender que no estaba equivocado al creer de su parte perfecto conocimiento de mi intención y sincera y leal correspondencia.

Luego hablaba á sus tíos, que tampoco se harían de nuevas, pues bien conocían nuestras inclinaciones, se concertaba la boda y nos casábamos...

¡Qué felices íbamos á sèr, congeniando tan perfectamente, conociéndonos tan á fondo y queriéndonos tanto!...

Tenía yo intención de hacer, con el primer dinero que ganara ejerciendo la abogacía, una casita de verano en mi pueblo; es decir, no en el pueblo precisamente, sino allí muy cerca, con más poesía, en la falda del monte. Y, ya se sabía, lo primero que

hacía yo todas las mañanas en cuanto despertaba era edificar en la cuesta de los Manzanos, que así se llamaba el sitio elegido, una casa blanca con tres balcones al Mediodía, dos al Oriente y otros dos al Poniente. Toda la ladera, desde la casa hasta lo llano, la plantaba de árboles frutales y de adorno, formando deliciosa huerta, cerrada por lo cimero y por los lados con cerca de mampostería cubierta de teja, y por abajo, frente al camino real, con zócalo de sillería y verja de hierro vestida de lozanas trepadoras... En un instante crecían los árboles y empezaban á florecer y á dar fruta; y al poco rato veía yo á Luisa, con una bata de color de paja listada de azul, pasar por debajo de las primeras cerezales cargadas de cerezas, y sentarse á hacer labor al lado de la fuente, en un banco rústico formado con ramas de roble, sombreado de gigantescos rosales y romeros floridos...

¡Qué hermosa estaba!

Porque no te he dicho todavía que Luisa era muy hermosa. De regular estatura, más bien algo pequeña, eso sí, y menudita de cuerpo, pero escultural. ¡Qué cabeza tan elegante y tan bien colocada! ¡Había que verla cuando se ponía la mantilla!... ¡Qué pelo tan negro y tan lujoso, qué frente tan pura y tan noble, qué boca tan graciosa, qué hoyuelos aquéllos que se la hacían en las

mejillas al sonreir, y qué ojos, sobre todo, qué ojos!... A pesar de ser grandes y negros, no tenían ese matiz de dureza, ese aire de tiranía que suelen tener los ojos de las morenas, sino un atractivo y una dulzura irresistibles. No eran de esos ojos que exasperan y matan, sino de los que consuelan y animan. Sus brazos mórbidos al par que delicados, sus manos rosadas y finas y su apostura sencilla y al mismo tiempo majestuosa, completaban la belleza del conjunto... En fin, era un hacecito de primores, realzados y embellecidos todavía por la hermosura de su alma...

Sé lo que significa esa sonrisa, y sé lo que me vas á decir: que todos los enamorados dicen lo mismo de la mujer objeto de su amor... Así será; pero ninguno lo ha podido decir con tanta razón como yo lo digo; porque, créeme, como Luisa no han nacido tres mujeres en el mundo... ¡Si la hubieras conocido!

Para que puedas formar idea de los fundamentos en que se apoyaba la seguridad que yo tenía de su amor, te voy á referir algunas escenas que tengo muy presentes.

No con frecuencia, pero cuando había alguna obra que llamara la atención, llevaba el general á su mujer y á su sobrina al teatro. Lo hacía avisar á los asiduos del tresillo para que no fueran aquella noche; y

en cuanto á mí, si llegaba antes de que salieran, me llevaban con ellos; y si salían antes de que yo llegara, dejaban dicho dónde iban, para que pudiera ir al palco si quería, que solía querer siempre.

Recuerdo que una vez fuimos al antiguo teatro de la Plaza del Rey á ver la zarzuela de Narciso Serra, nueva entonces, titulada *Luz y sombra*, y cuando oí á la dueña Jesusa decir cantando á su marido:

«¡Alma de chopo!
¿No se te ocurre
Ningún piropo?»

—Eso mismo pensarás tu de mí—la dije á Luisa,—porque nunca se me ocurre echarte flores.

—Y haces bien en no echármelas—me contestó cariñosamente:—ya sabes que yo también soy formal como tú, y no me pago de esas cosas. Más me gusta tu sinceridad que todos los floreos del mundo.

Otra vez fuimos al teatro de Variedades, que estaba en la calle de la Magdalena, á ver *Los pavos reales*, una comedia francesa bastante bien arreglada á nuestra escena.

Aquella noche había convidado la generala á sus vecinas la señora y la hija del ingeniero que jugaba al tresillo, á las cuales conocía yo muy poco, pues aunque eran visita de casa del general, no solían bajar por las noches; y para no estar contrariado en el palco, me fuí á una butaca.

Como la comedia está sembrada de chistes, y además la representaban admirablemente Luján y Tamayo y Vallés y la García, todo el mundo se reía á carcajadas. Y recuerdo que Luisa, á cada chiste, á cada explosión de risa en el público, miraba á donde estaba yo á ver la gracia que á mí me hacía, para reirse y celebrarlo conmigo. ¡Ah! me parece que estoy viendo aquellos ojos suaves, húmedos y amorosos buscando los míos, fundiendo con las mías sus miradas y sus sonrisas con mis sonrisas, y estableciendo una corriente constante de simpatía, de identidad de sentimiento, de verdadero amor, porque ahora bien sé que aquello era amor verdadero.

En otra ocasión, me había yo retratado, y llevé por la noche el retrato á enseñarle á casa del general. Fué pasando de mano en mano, fueron mirándole unos después de otros los concurrentes y fueron diciéndome esas inocentes frases de lisonja que se suelen decir en casos tales al fotografiado, cuando á quien únicamente pueden lisonjear es al fotógrafo: «Está bien», «está muy bien», «está muy parecido», etc.

Cuando la llegó el turno á Luisa, des-

pués de mirar atentamente el retrato y decirme que estaba algo serio, lo cual era verdad, le retuvo en las manos como distraída, pero en realidad ideando un modo de quedarse con él; y luego que los demás hubieron reanudado la conversación, me dijo en un tono intermedio entre resolución y consulta:

—Le voy á poner en el álbum.

—Bueno, ponle—la contesté;—¿dónde ha de ir que más valga?

Trajo el álbum, comencé yo á hojearle, y después de ver al general cuando era teniente, á la generala cuando la sacaron del colegio y otras novedades así, encontré un retrato de Luisa y me quedé mirándole un buen rato.

—Yo no tengo álbum—la dije al levantar los ojos del retrato para fijarlos en ella;—pero en la cartera llevo el retrato de mi madre, y si me dieras éste...

—Cógele—me contestó:—yo pondré aquí otro; cógele... Pero, como ves, ya casi no soy la que aparece ahí: es de cuando me puse de largo... hace cinco años...

Y mientras ella decía estas palabras, me apoderaba yo de su retrato y le guardaba en la cartera... ¡con qué emoción tan intensa y tan pura, Dios de mi alma!...

Aquí Javier sacó el pañuelo disimuladamente y se le llevó á los ojos.

Al notar yo que se había enternecido, tuve miedo de que le produjera alguna alteración el refrescar aquellas memorias, y le dije:

—Si te cansas, suspende el relato: ya me lo acabarás de contar mañana ó pasado mañana; voy á estar aquí muchos días...

—No, no me canso; al contrario, descanso y me desahogo confiando mis tristezas á tu buena amistad. ¿No has oído decir que quien cuenta sus penas las divide?... Pues eso quiero yo hacer: dividir mis penas contigo para que no me opriman tanto... Ahora, si tú tienes prisa ó te aburre el escucharme, es otra cosa.

—No, Javier, eso no: yo te escucho con verdadero interés; pero temo que te haga daño el hablar mucho tiempo seguido.

—No me hace daño nada; estoy bueno; me ha dicho el médico que estoy completamente bueno... Lo mismo te habrá dicho á tí, si le has preguntado.

—Es verdad, eso mismo me ha dicho.

—De modo que, si no es más que por eso, continúo.

—Bien: haz lo que quieras.

II

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Como todo llega en el mundo—continuó Javier,—aun lo que más distante se divisa, llegó también el día 1.° de Junio del año último de mi carrera.

Había sido aquél un año de vita bona en comparación con los anteriores, pues no tenía más asignaturas que las de *Procedimientos* y *Práctica*. La primera se redujo á aprender de memoria, para olvidarlos en seguida, media docena de artículos de la ley de Enjuiciamiento civil y otros tantos del Reglamento provisional para la administración de justicia. Y en cuanto á la segunda, el profesor Vaquedano, que era hombre de mucho humor aunque de pocos conocimientos, se dió forma de amenizárnosla de manera que la cátedra estaba convertida en teatro, en uno de esos teatros en que se dan funciones por horas. Nos dividía en tandas y nos encargaba figurar un pleito, en que uno de nosotros era el

demandante, otro el demandado, otro el juez, etc., ó nos mandaba formar causa á alguno de los condiscípulos, ejerciendo otro de querellante, otro de juez, otro de fiscal, otros de testigos, á los cuales se les recibía allí mismo declaración, y se contradecían unos á otros, y había careos y reconocimientos en rueda, con todo lo cual nos divertíamos en grande.

Me examiné aquel mismo día 1.° de Junio de ambas asignaturas, por el privilegio establecido por la práctica en favor de la nota de sobresaliente, y me puse á repasar para el grado.

Entonces comenzó á sucederme una cosa especial. Me asombraba de mi felicidad; y por lo mismo que la veía cerca, me iba pareciendo imposible alcanzarla.

¡Infeliz corazón humano!... Padece la misma ilusión que los ojos, á los cuales, de lejos, se les figura muy baja la montaña y muy fácil subir á su cumbre; mas en llegando al pie, la ven altísima y la juzgan inaccesible.

Comencé á ver dificultades que nunca se me habían ocurrido. ¿Era tan llano casarme con Luisa?... ¿Me quería ella?... ¿No sería simple amistad lo que yo creía amor?... Y aun suponiendo que Luisa estuviera enamorada ó dispuesta á enamorarse de mí, á sus tíos, que la tenían como hija, ¿no les

parecería poco para ella un abogado novel, un estudiante, como quien dice?... Estaban siempre conmigo muy afectuosos, eso sí; me distinguían, me trataban con verdadero cariño; pero ¿no sería debido todo esto á la antigua amistad con mi familia?... Y eso que, por otra parte, bien conocían ellos que yo amaba á Luisa... debían de conocerlo... y si no les gustara... ¡Ah! Sí; pero aunque no les gustara, ¿con qué pretexto iban á prohibirme ir á su casa todas las noches ni á retirarme el perpetuo convite á comer los domingos, no dándoles yo motivo alguno de disgusto y no habiendo hablado nada de relaciones con Luisa?...

Como se agranda y se espesa la sombra de un objeto á medida que se le aproxima la luz, así yo agrandaba y oscurecía las dificultades queriendo resolverlas.

Por una coincidencia desgraciada, cuya razón entonces no entendí, pero que ahora me explico perfectamente, Luisa, sobrecogida también por lo inmediato de una felicidad años y años esperada, estaba en aquellos días más silenciosa, más ensimismada, menos expansiva.

Solían preguntarme sus tíos todas las noches si sabía cuándo iba á ser el grado, y llegó una en que pude ya contestarles:

—Al día siguiente de San Juan, el veinticinco.

—¡Ay, qué gana tengo—dijo Luisa,—de que seas abogado!... para darte la enhorabuena.

Aquella noche crecieron mis temores hasta tocar las lindes de la certidumbre, de una certidumbre horrorosa. Luisa no me amaba... O no me había entendido todavía, ó rechazaba mi amor... Era mi amiga nada más... Bien claramente lo daba á entender con aquella salida, que, si no fuera intencionada, sería una simpleza...

Verdad es, pensaba yo en seguida queriendo consolarme; verdad es que, bien mirado, ¿qué iba á decir? ¿Que estaba deseando la conclusión de mi carrera para casarse?... Esto, no habiéndola yo hecho todavía declaración formal, hubiera sido una tontería... ¿Y no pudo haber empezado la frase inconscientemente, *ex abundantia cordis*, y luego, al comprender su indiscreción, volverse del camino?...

Todas estas cavilaciones me atormentaban sin descanso, privándome de saborear el placer del triunfo que acababa de obtener en las aulas, y privándome también de la necesaria tranquilidad para prepararme á poner un lucido remate á mi carrera con el ejercicio de la licenciatura.

Esto tiene que concluir, pensé resueltamente: lo mejor será hablarla claro, y saber la verdad, aunque sea amarga... No

hay más remedio... Esta misma noche se lo digo...

Pero aquella noche no iban los demás tertulianos y teníamos que jugar al tresillo con el general y no había coloquio...

Y á la noche siguiente estaba indispuesta la generala y tenía Luisa que estarse haciéndola compañía en la alcoba, viéndome yo obligado á dar conversación á la coronela, ó mejor dicho, á oirla charlar y decir desatinos, hablándome de *Celipinas* y de la isla de *Mindanado*, en donde había moros que tenían muchas mujeres, porque la había dicho á ella Gorgonio (el coronel) que los moros todos eran *poligonos*.

Y á la otra noche de más adelante me encontraba allí con un joven bajito y regordete que, según me decían, era primo de Luisa y venía del Ferrol donde estudiaba para marino.

Por cierto que contaba muchas aventuras del colegio, que no tenían trazas de ser verdad; pero mantenía con ellas la atención de todos, y especialmente la de Luisa, á quien se dirigía muy á menudo con esta empalagosa muletilla: «¿Has visto, chica, has visto?»

Luisa no había visto nada de lo que decía aquel Gravina en capullo; pero tenía que hacerle á cada paso signos afirmativos y decirle *¡ya, ya!* de vez en cuando.

Al fin una noche, la de San Juan señaladamente, pude hablar con Luisa.

En cuanto acabé de saludar á los demás y me senté á su lado, me dijo:

—¿Cómo te ha ido estos días?... ¡Cuánto hace que no hablamos!...

—Así es: ya hace mucho... Cuando más deseo tenía yo de que pudiéramos hablar solos; cuando tenía cosas más importantes que decirte... parecía que lo enredaba el enemigo: todas las noches había estorbos...

Luisa, que tenía muy claro entendimiento, comprendió al oir este exordio de qué la iba á hablar, y por más que no la sorprendiera ni la desagradara, por más que lo estuviera esperando, se puso colorada como la grana y bajó los ojos. Yo aguardé á que los levantara y dijera alguna palabra que me animara á seguir; ella aguardó á que yo siguiera, y así estuvimos unos instantes que me parecieron siglos, hasta que, no sé si compadecida de mi situación, ó temerosa de que los señores de la tertulia se fijaran en nuestro desacostumbrado silencio, me dijo, como por decir algo:

—Con que mañana te encierran, ¿verdad?...

—Sí, mañana, si Dios quiere,—la contesté.

—Será muy pesado estar allí solo tantas horas... ¿Cuántas me has dicho?...

—Tres; para luego hablar media sobre el punto que me haya tocado en suerte...

Y luego... en vez de hablarla yo á ella de amor, ya que no la media hora reglamentaria, siquiera dos minutos, dí en pensar si la desagradaría la conversación y por eso se habría puesto tan encarnada; si para evitarla habría bajado los ojos, etc.; y haciendo un ovillo de conjeturas favorables y adversas, decidí, por último... no decidirme hasta ver si á la noche siguiente se presentaban mejor las cosas.

Seguí hablando con Luisa de asuntos indiferentes, tratando de disimular la contrariedad y el disgusto que sentía, pero sin conseguirlo; porque á lo mejor me quedaba callado sin saber qué contestar, por no haberme enterado de lo que Luisa estaba diciendo.

Se levantó la sesión de tresillo con una risada general en honor del coronel Domínguez, que acababa de sacar un solo algo arriesgado, y dijo muy contento:

—Tuve tragado el codillo, ó por lo menos, la puesta... ¡Reconde! ¡Si era un solo más difícil que el paso de las *Tres Mópilas!*...

—No son ya más que dos—le dijo el ingeniero con aparente formalidad:—ha desaparecido una el año pasado.

—Eso será—repuso el coronel;—porque

tres sí eran: á lo menos yo siempre he oído que eran tres.

Me reí como los demás, aunque con pocas ganas, del disparate del coronel, ó de su graciosa comparación según él creía, me despedí y me fuí para casa.

Aquella noche la pasé lo mismo que me ves ahora: no prendí los ojos.

Y no creas que me preocupaba el ejercicio de la mañana siguiente; me preocupaba la empresa de por la noche, la de decir á Luisa lo que estaba ella cansada de saber, lo que había estado dándola á entender con toda claridad por espacio de seis años.

¡Ah! ¡De qué circunstancias tan pequeñas dependen á veces las cosas más transcendentales! Sin aquella ligera y fácil equivocación mía, sin aquel rubor de Luisa, que yo tomé por disgusto, hubiera yo dicho dos palabras más, y hubiérase abierto aquella noche para ambos una era de felicidad y de ventura imposible de describir y aun de imaginar, tranquila, hermosa, tan duradera como la vida. Y sólo por aquella mala inteligencia somos los dos tan desgraciados...

Advertí que Javier se iba excitando un poco al pronunciar estas últimas palabras, y resuelto á hacerle suspender la narración, le interrumpí diciéndole:

—¿Qué sabes tú lo que Dios te tiene todavía reservado en el mundo?

—¡Ah! nada — me contestó: — bueno, nada... tristeza, soledad, aburrimiento...

Quedóse callado un instante, y aprovechando yo este silencio le dije levantándome de la silla:

—Ahora no me tienes que decir que no te cansas: se te conoce bien que estás fatigado de tanto hablar. A más de que también yo tengo ya que irme, porque estoy citado con otro amigo para almorzar en otra fonda que no conozco, y tengo que ir á la mía á esperarle. Ya volveré y me lo contarás todo. Hasta después, ó hasta mañana... Descansa y no pienses mucho en esas cosas... Ya volveré...

Con estas palabras y otras semejantes, pude al cabo despedirme de Javier sin violencia y dejarle tranquilo.